

Jueves, 13 de noviembre de 2025 | 9:50

Promesas sobre el bidet y principios en el papel

En esta última semana electoral, más que preguntarnos quién va ganando, quizás deberíamos preguntarnos quién va a responder. Porque después de las elecciones, gane quien gane, nos debe tocar pasar la cuenta. Eso se llama *accountability*.



Eduardo Sboccia

Abogado y asesor de empresas

Estos son los últimos días de campaña electoral en primera vuelta. Últimos debates, banderazos finales, promesas que se repiten y encuestas filtradas que insisten en predecir lo que cada vez menos pueden prever.

Y aunque en Chile ya estamos curados de espanto con las promesas que se hacen en campaña (y luego se olvidan en la primera reunión de comité político), hay algo que como sociedad deberíamos exigir con fuerza: que se registre lo que cada candidato dijo, comprometió o insinuó. Porque después de las elecciones, gane quien gane, nos debe tocar pasar la cuenta. Eso se

llama *accountability*. Y no es un tecnicismo importado. Es ética básica: hacerse cargo de lo que uno dice, promete o vaticina (en el caso de las encuestadoras).

Pero no es sólo la política la que puede pasar al pizarrón. Las organizaciones —empresas, gremios, instituciones públicas— también están en tiempo de evaluación. La ética y la integridad ya no son eslóganes simpáticos para el código de conducta que se reparte en la inducción. Son temas de sobrevivencia reputacional.

¿Se acuerdan cuando las empresas se preocupaban solo del *due diligence* financiero? Hoy el *due diligence* es cultural, ambiental, reputacional, penal. Y también político. Porque el entorno cambia, y, — ¡vaya si lo sabemos! - cambia muy rápido.

Chile vive tiempos delicados. La crisis en la Corte Suprema, con supuestas coimas para conseguir fallos, vuelve a socavar la confianza en nuestras instituciones. Hace años que estamos en modo escándalo permanente: desde fundaciones truchas hasta narcotráfico en cuarteles militares. Y en ese ambiente, cualquier chispa —un correo, una licitación, un vínculo mal explicado— puede transformarse en incendio. No hay margen para la ingenuidad.

Los directorios tienen que leer esta coyuntura con ojo estratégico. No solo prepararse para cumplir con la Ley de Delitos Económicos o los marcos ESG. También para algo más difuso, pero igual de importante: estar preparados para una época de sospecha, de celo excesivo, de escándalos amplificadas, de escrutinios retroactivos. No hay que caer en la paranoia, pero sí entrenar la memoria institucional para responder cuando toque.

Ahora es cuando hay que fortalecer el músculo ético. Pasar del papel a la acción constante y demostrable. Antes de que alguien te lo exija.

Es por eso que hoy la ética y el cumplimiento no son una moda pasajera ni un curso obligatorio que se deja en el cajón. Son un asunto de salud pública institucional. Así lo entiende AmCham en su último informe, donde plantea los desafíos de los Directorios para construir culturas éticas sostenibles: bajar la estrategia al día a día, activar a los mandos medios, intervenir con creatividad, y, sobre todo, mantener vivo el sistema los 365 días del año. No como una carpeta bonita para mostrar a la CMF, sino como un músculo entrenado para actuar cuando llegue la crisis.

Porque va a llegar. Ya sea por un cambio de gobierno que traiga nuevos ojos fiscalizadores, por un ajuste de cuentas entre coaliciones, o porque, como dice la ley de Murphy, todo lo que puede salir mal... terminará saliendo mal. La pregunta es: ¿tendremos cómo demostrar que actuamos con diligencia? ¿Podremos acreditar la coherencia entre lo que dice el papel y nuestras acciones?

En esta última semana electoral, más que preguntarnos quién va ganando, quizás deberíamos preguntarnos quién va a responder. Exigir no más promesas sobre el bidet y que los principios no se queden en el papel.